

# De cara a Aparecida: anhelos humanos y anhelos cristianos desde América Latina

---

**Juan Hernández Pico, S. J.**  
**Plataforma de servicios al Mundo Indígena**  
**Guatemala**

En ese artículo quisiera proponer una reformulación del Capítulo I del *Documento de participación para la V Conferencia en Aparecida*: “El anhelo de felicidad, de verdad, de fraternidad y de paz”. Y quisiera empezar con una aclaración fundamental.

Creo que los anhelos humanos deben ser descritos fundamentalmente desde la situación actual de América Latina y no desde una mirada general a la humanidad. Esto sería más apropiado para un concilio ecuménico universal, pero no me parece tan apropiado para una conferencia del episcopado católico latinoamericano y caribeño. En consecuencia, voy a proponer, para este primer capítulo, una mirada y un tratamiento más concretos.

Quiero añadir también que la primera parte de este capítulo debiera concentrarse en presentar los anhelos *humanos* sin mezclarlos, ya desde el principio, con la visión que la revelación nos ofrece sobre ellos, lo cual haremos en la segunda parte. De esta forma, habrá mayor coherencia metodológica y teológica, en todo el capítulo.

Procedemos así, aunque, en mi opinión, sólo existe una sola historia de la humanidad, es decir, una sola historia “sagrada”, dentro de la cual se dan tanto las experiencias de búsqueda y acogida de salvación como las de desinterés y rechazo de ella. Pero si no hablamos, separadamente, por una parte, de aquello en que cualquier persona latinoamericana y caribeña puede encontrarse solidariamente con todas las demás, y, por otra, de aquello en que podemos encontrarnos en la

misma solidaridad, quienes confesamos a Jesucristo, nos exponemos a hablar sin ser entendidos hoy, en un mundo pluralista, donde se impone el respeto por aquellos absolutos, por los que la gente apuesta su vida entera, aunque lo hagan en formulación no cristiana.

## **1. Los anhelos humanos y sus frustraciones en América Latina y el Caribe**

### **1.1. La aspiración a la emigración libre en busca de trabajo**

Una parte muy importante de nuestra juventud emprende cada año, desde hace ya tres décadas, una emigración desde nuestros países hacia el norte (Estados Unidos y Canadá) y hacia el este (España, Portugal, Italia y el resto de la Unión Europea). Esta migración se inserta en la ingente cadena de migraciones que han marcado la evolución de la humanidad sobre nuestro planeta, durante centenares de siglos. La emigración ha sido siempre un signo de profunda insatisfacción con la falta de bienestar en el terruño donde se ha nacido. A veces, las grandes migraciones han sido denuncias tácitas de guerras, esclavitudes, discriminaciones, opresiones y desigualdades entre familias, grupos, etnias, pueblos y naciones. Las migraciones han sido frecuentemente muy conflictivas por el desgarrón que produce el abandono del terruño y el choque entre diferentes hábitos del corazón, en la tierra de llegada, pero muestran también la aspiración universal de que el planeta tierra llegue a ser el hogar de toda la humanidad. En la emigración se manifiesta un inmenso anhelo humano de bienestar, de libertad, de felicidad, de igualdad, de fraternidad y de paz. La emigración es una constante de la historia de la humanidad, que hace de este pueblo terreno, un pueblo de buscadores, en continuo peregrinaje hacia el santuario de la vida.

### **1.2. La aspiración a salir del abismo de la miseria y de la pobreza**

Más de fondo, hoy, en América Latina existe el anhelo y la gran aspiración a salir del abismo de la miseria y de la pobreza. Durante muchos milenios, la miseria y la pobreza, el hambre y las enfermedades, la muerte prematura y el horizonte uniforme e inamovible de la vida humana, fueron la herencia de las diversas generaciones, a su paso por el planeta. Pero hoy vivimos en un mundo donde la invención humana y el desarrollo de la tecnología han hecho posible, por primera vez en la historia de la humanidad, la extinción del hambre, la curación de la mayoría de las enfermedades, la larga duración de la vida y el sueño de una calidad de vida cada vez más humana. Sin embargo, lo cierto es que, para que estas visiones se cumplan en la mayor parte de la población latinoamericana y caribeña, es necesaria aquí y más allá de nuestras fronteras una voluntad de solidaridad mucho mayor y más profunda, que se traduzca en una voluntad política de organizar la fraternidad humana y aprovechar humanamente todo el avance tecnológico planetario. Con hambre y con enfermedades curables no dominadas, no existe base material para la felicidad. También hoy, como en otras épocas

de la historia, el dilema es monopolizar las fuentes de la vida, y así, condenar al hambre y a la enfermedad a grandes mayorías, o dejar que los manantiales comunes canalicen la vida para todas las personas y todos los pueblos. Se trata de un dilema ético, donde se juegan los valores de la igualdad, la libertad y la fraternidad una vez más, sobre todo en un continente como el nuestro, donde se da la mayor desigualdad del planeta.

### **1.3. La aspiración a experimentar la paz en la vida propia y de los pueblos**

Alcanzar la paz es otra de las grandes aspiraciones de la humanidad, en América Latina. Nuestros próceres libertadores no supieron detener el monstruo de la guerra, después de lograr la independencia de nuestros países, y el siglo XIX estuvo anegado en sangre. Venimos, sin embargo, de un siglo, el siglo XX, que ha sido tal vez el más cruento de los que la historia del mundo tiene memoria. También en ese tremendo proceso hemos participado. La revolución mexicana, con la que se abrió el siglo XX, en América Latina, quiso acabar con la interminable dictadura porfiriana y lo logró a un costo altísimo de vidas humanas. La “violencia” política se cobró innumerables vidas en Colombia, durante la primera mitad del siglo, y hoy sigue cobrándoselas la rebeldía revolucionaria, mezclada con el narconegocio y el terrorismo de Estado. Las revoluciones guerrilleras han enfrentado los sistemas establecidos con gran violencia, en muchos países de Centroamérica y del Caribe, y la intervención imperial de Estados Unidos ha financiado contrarrevoluciones y ha logrado aumentar el número de cadáveres. Sendero Luminoso y el Estado peruano libraron un brutal enfrentamiento con un total de setenta mil víctimas. Intentos revolucionarios armados, sin suficiente apoyo popular, y brutales golpes de Estado provocaron, en Brasil y en el cono sur, dictaduras militares de la seguridad nacional, cuya ideología justificó la desaparición, la tortura, y el asesinato de decenas de miles de personas, implicadas o no en las revoluciones. Proporcionalmente a su población, el país que sufrió más, durante todos estos conflictos armados, fue Guatemala, cuyo número de víctimas, calculado por la Comisión de Esclarecimiento Histórico, asciende a doscientas mil. Personas indoamericanas de diferentes pueblos y etnias han sido de las más castigadas, incluso con intentos de genocidio. La guerra ha sido siempre cruel y brutal, en la historia de la humanidad, especialmente para las mujeres. Y ha sido también el mejor caldo de cultivo para la corrupción. También en América Latina y el Caribe ha sido así, y uno de los pueblos que más ha sufrido con la guerra y con la corrupción es el más empobrecido de todos, Haití. La última fuerza que fomenta la guerra, en nuestro continente y en las islas, es hoy el narconegocio global. Librarnos de la guerra, construyendo y acogiendo la paz, es una de nuestras aspiraciones más vitales.

#### **1.4. La aspiración a la justicia**

Conseguir la justicia, hoy unida al libre movimiento de la fuerza de trabajo por las migraciones; lograr la victoria sobre el hambre y sobre las enfermedades curables, y con ella, el abatimiento de la miseria y la reducción irreversible de la pobreza; sembrar semillas de reconciliación entre antiguos contendientes y semillas de firmeza contra impenitentes amantes de la guerra y así, ir alcanzando la paz, parecen fines utópicos, que superan totalmente las posibilidades de la convivencia, en América Latina y el Caribe. Sin embargo, hace cuarenta años, varias naciones de Europa, como Irlanda, España y Portugal, para no hablar de otras en Europa del este, estaban subyugadas por condiciones de injusticia y pobreza similares a las que reinan hoy entre nosotros. De ellas salieron muchísimos emigrantes hacia Estados Unidos, Alemania, Bélgica, Francia y hacia otros países aún más lejanos, incluso hacia Argentina, Brasil, Uruguay y Chile. Las remesas de los emigrados y la inversión en un atrayente turismo fueron parte del camino. Una notable apelación al sentido ciudadano, a través de la costumbre de pagar impuestos suficientes, para que el Estado pudiera emprender un gran esfuerzo educativo, de salud y de seguridad social fue la otra parte del secreto del éxito. El pago de impuestos por quienes más ingresos perciben es otro nombre de la solidaridad con los pobres, a través de una mayor socialización de la riqueza.

#### **1.5. La aspiración a la disminución de la desigualdad**

Entre nosotros, hay que ir superando el enorme muro de la desigualdad. Si América Latina y el Caribe no logran socializar la riqueza que producen, entonces la libertad, la justicia, la felicidad y la paz serán utopías inalcanzables y palabras vacías para la mayoría de nuestros pueblos. Socializar la riqueza significa, precisamente, lo contrario a privatizarla. Los caminos de la privatización son caminos egoístas, en este continente nuestro y en las islas. Partimos de una base de desigualdad tan grande que ha creado un abismo casi infranqueable para los caminos de la libertad, la justicia, la felicidad y la paz. Los caminos de una mayor privatización son caminos errados, que responden a la ideología del neoliberalismo, una ideología que justifica el desarrollo de un capitalismo global, cada vez más eficaz para despojar a la gente de su trabajo —creando cada vez más desempleo— y de los frutos de su trabajo —retribuyéndolo cada vez con menos salario, menos conocimiento, menos salud, menos seguridad y menos capacidad de organización sindical para defender sus derechos. La primera y la última víctima de la privatización es la dignidad humana. Sólo puede aprovecharse de la privatización el que puede pujar en el mercado, para quedarse aún con más productos. Y el que no puede pujar, el que carece de competitividad, como la mayoría de la gente de nuestros pueblos, queda aún más esclavizado, por el sometimiento a la necesidad, a los bienes necesarios de los que carece. Se queda privado de libertad, frustrado en la justicia, abrumado por la tristeza y tentado por el conflicto, al que lo empuja la pérdida de la paz.

Sin embargo, siempre han surgido personas que han luchado por la causa de los más débiles y oprimidos y que, por ello, han tenido que enfrentar con valentía la cólera de los poderes establecidos, contribuyendo, a pesar de todo, a consolidar la esperanza de los pobres. Hacer esto es fundamentar la felicidad humana de forma sólida y “quedar en la memoria de los hombres al pasar” —dice el poeta y el cantautor. Aunque sólo se puedan abrir caminos al andar.

¿Qué decir de todo esto a la luz de la revelación y la fe?

## **2. Los anhelos cristianos y el pecado que los frustra en América Latina y el Caribe**

En el mundo actual globalizado, del cual América Latina y el Caribe no pueden abstraerse, uno de los componentes ideológicos del neoliberalismo —la ideología del consumismo— desconcierta profundamente a las grandes mayorías pobres del planeta y también a las minorías ricas. La civilización de la riqueza se proyecta en la cultura de los grandes centros comerciales, donde una enormidad de bienes superfluos ocupa las mismas góndolas y vitrinas que los bienes más necesarios e imprescindibles para la vida. El consumismo es la forma actual de la que se reviste el culto al dios dinero (Mt 6, 24). ¿Quién no es consumista en la civilización de la riqueza?

### **2.1. Lo que dice el Antiguo Testamento**

La revelación cristiana, sin embargo, desde las primeras páginas de la Biblia, nos advierte que no todos los árboles del jardín del mundo son necesarios y buenos para la vida (Gn 2, 16-17). Hay una austeridad de los deseos, que permite fundamentar la propia vida en la generosidad para hacer posible la vida de los otros. Pero la serpiente mítica, figura de todas las fuerzas enemigas de la humanidad, propaga otra buena noticia: el libertinaje de los deseos, justificado con la imagen de un dios envidioso, avaro de su propia capacidad de dar vida (Gn 3, 1-4). Aquí empieza el yerro de esa humanidad con la cual somos solidarios: su desvío del camino del bien. Y empieza por un engaño, aceptado sin discernirlo, por una mentira asumida sobre Dios. Dios no es ya el ser absolutamente generoso, que ha entregado a la humanidad la vida en abundancia para que la comparta (Gn 1, 26-31), sino un Dios envidioso y avaro, que regatea la vida con la humanidad. Como la humanidad fue creada a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 27), entonces, la gran tentación es falsear la imagen de Dios. Si Dios es envidioso y avaro con la humanidad, así tendrán que ser entre sí las personas humanas. Este es el gran engaño y la gran mentira (Gn 3, 13). Tiene vigencia hasta hoy. Dios nos creó iguales: al hombre y a la mujer, a todas las razas y pueblos. Pero falseando a Dios, falseando su imagen, la humanidad crea la desigualdad, entre hombre y mujer y entre razas y pueblos diferentes. “El principio y el fundamento de todas las virtudes” —decía un teólogo medieval, Hugo de San Víctor— “es

creer y sentir dignamente de Dios". La Biblia nos enseña que el origen de todo pecado es falsear la imagen de Dios, podríamos decir: "creer y sentir indignamente de Dios", y, como consecuencia, de nosotros mismos; si bien, desde un punto de vista histórico, el origen puede ser creer y sentir indignamente de nosotros mismos y de nuestros prójimos. Eso es lo que nos lleva a hacer lo mismo con Dios, del cual somos imagen y semejanza, es decir, icono representativo. Y eso, para justificar lo que hacemos con la gente. Es el círculo hermenéutico: el no hacernos guardianes de la fraternidad, nos lleva a imaginarnos un Dios desalmado, y "creer" en un dios desalmado, nos lleva a recrear un corazón de piedra frente a la fraternidad.

Y una vez falseada la imagen de Dios, comienza, según la revelación en la Biblia, la deshumanización de la humanidad. Se quiebra la igualdad, la sexualidad deja de ser inocente (Gn 3, 7-11); el hombre se vuelve dominante sobre la mujer (Gn 3, 16); la maternidad se vuelve no sólo gozo, sino también dolor y sufrimiento (Gn 3, 16); el trabajo se vuelve en parte una sentencia, es decir, no sólo comida para saciar el hambre, sino también sudor y fatiga (Gn 3, 17-19); y la madre o casa "tierra" pierde su amable sentido primordial (Gn 1, 28-30; 2, 15) y queda divorciada de la humanidad (Gn 3, 17-18). Lo peor, sin embargo, es que la humanidad, en su historia primordial, atribuye a Dios mismo todas esas consecuencias del falseamiento de su imagen, porque aún no ha madurado su propia conciencia ética.

Después de este primer pecado original, Dios se mantuvo siempre fiel a la humanidad, y fue corrigiendo continuamente la falsificación de su propia imagen. Dios optó por no dejarnos con concepciones erradas de sí mismo, productos de nuestros propios pensamientos y fantasías. Y lo hizo con una "auténtica pedagogía divina" (Concilio Vaticano II, DV 15), es decir, entregando en su palabra materiales con los que ir respondiendo paulatinamente a las preguntas que se iban suscitando en la historia de la humanidad, y especialmente, por su inmediata conexión con Jesucristo, en la historia del pueblo de Israel. A lo largo de esta historia, Dios se revela como *padre* del pueblo (Ex 4, 23; Os 11; Is 1, 2; Jr 31, 9). En una civilización que ha conocido como rasgo constante la vida dependiente de los rebaños y de los pastos, la figura del pastor tiene una gran importancia y relevancia. Tanto David (1Sam 17; Sal 78, 71.7) como los demás gobernantes de Israel (Ez 34) y Dios mismo (Os 4, 16; Is 40, 11; Sal 23) y el Mesías (Jr 23, 1-8; Miq 5, 3) fueron vistos como *pastores* del pueblo. Quién mueve el curso de los acontecimientos es una de las grandes preguntas del pueblo de Israel. Las tradiciones de Israel perciben los acontecimientos como historia lineal y no como rueda del destino, que se repite cíclicamente. Y a Dios lo perciben como *señor de la historia* (Dt 26, 1-11; Sal 136). Pero para ello, necesitan de un intérprete iluminado (Dt 29, 1-3). Es al interior de esta historia, marcada por la acción de un Dios "compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel" (Ex 34, 6),

como Dios se revela como *legislador* (Ex 19-20), aunque los códigos de Israel acogen mucha legislación común a otros pueblos del medio oriente y aun originada en ellos. Es también en la historia como Dios actúa como *juez*, y lo más importante, que en esos juicios se presenta siempre a favor de los oprimidos, de los desvalidos y de los necesitados. Así aparece en un salmo paradigmático (el 82), que una vez más defiende la imagen verdadera de Dios frente a todas las actuaciones históricas de quienes se arrogan un poder casi divino y sentencian injustamente, en las causas de los pobres.

La moral del Antiguo Testamento se condensa en dos mandamientos fundamentales. El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” (Dt 6, 4-5). Y el segundo es: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor” (Lv 19, 18). De estos dos mandamientos se deriva el decálogo. No podemos entender bien los diez mandamientos (Ex 20, 2-17) si no los entendemos como baluartes del amor.

De estos mandamientos fluyó la legislación que regulaba la relación con la tierra y con los bienes. La humanidad sería administradora de los bienes de Dios, quien reguló su posesión y su uso, de manera que todos tuvieran lo necesario para vivir con dignidad y nadie cayera en la miseria o en la avaricia, que los devolvería a la esclavitud de la que Dios los había liberado. El año sabático pretendía asegurar, en una civilización agrícola, la conservación productiva de la tierra —lo que hoy llamaríamos una medida ecológica (Lv 25, 2-7). El año jubilar pretendía impedir que la pérdida de la tierra fuera irreversible para las familias, y que éstas la recobraran cada cincuenta años (Lv 25, 8-17). Finalmente, también cada siete años, tenían que ser perdonadas las deudas sin que la cercana de este año sirviera como pretexto para ser tacaño con la gente que pidiera un préstamo. Tampoco nadie podía permanecer como esclavo, a no ser voluntariamente, más allá de siete años (Dt 15, 1-18). Estas regulaciones pretendían ser, precisamente, la garantía de la libertad, de la justicia, de la felicidad y de la paz. Otra cosa es que se cumplieran. La oscilación del texto entre “no habrá pobres entre los tuyos” (Dt 15, 4) y “nunca dejará de haber pobres en la tierra” (Dt 15, 11), y la exhortación a abrir “la mano a tu hermano, a tu pobre, a tu indigente de tu tierra” (Dt 15, 11), indican que en estos textos la utopía se entrecruza continuamente con la realidad.

Así lo entendieron en Israel los profetas. Insistieron, una y otra vez, en la necesidad de vincular el culto a Dios en el templo con un corazón pacífico, y por eso, denunciaron un culto ofrecido a Dios con las manos “llenas de sangre” (Is 1, 15), es decir, de violencia y guerra. Hicieron una impresionante equivalencia entre practicar la justicia y conocer a Dios, es decir, entre justicia y fe: “hizo justicia a pobres e indigentes y eso sí que es conocerme —oráculo del Señor” (Jr 22, 16). La felicidad la asimilaron también a la justicia (Is 56, 2). Finalmente,



el sueño de los profetas fue siempre una sociedad nueva, donde se plantaran firmemente las raíces de la libertad: “Ya no habrá allí niños malogrados ni adultos que no colmen sus años... Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán sus frutos, no construirán para que otro habite ni plantarán para que otro coma... No se fatigarán en vano, no engendrarán hijos para la catástrofe” (Is 65, 20-23).

Todos nuestros pueblos tienen su “antiguo testamento”. Ya se llame *Popol Vuh*, *Tierra de los hombres sin mal*, *La historia de Paba y Nana*, etc. Y en esos “antiguos testamentos”, así como en las preguntas profundamente existenciales sobre Dios y la humanidad, contenidas en las religiones de los afroamericanos o en las religiones populares con raíces coloniales, hemos de buscar caminos para engarzar en todos ellos el anuncio de la cercanía del reino de Dios y la llamada al cambio de corazones y a la fe en el evangelio (Mc 1, 15).

## 2.2. Lo que dice Jesús, el Cristo

En Jesús de Nazaret “se manifestó la gracia de Dios que salva a toda la humanidad, enseñándonos a renunciar a la impiedad y los deseos mundanos y a vivir en esta edad con templanza, justicia y piedad, esperando la promesa dichosa y la manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y de nuestro Salvador Jesucristo” (Tit 2, 11-13). Así entendemos los cristianos que “toda la Escritura es un solo libro y que ese único libro es Jesucristo” (Hugo de San Víctor), porque “todas las promesas de Dios se han cumplido en El. Por eso, el ‘Amén’ con que glorificamos a Dios lo decimos por medio de El” (2Cor 1, 20).

Jesucristo vence a la muerte —“cuyo aguijón, es decir, cuya violenta fuerza, es el pecado” (1Cor 15, 56)—, no desde fuera, sino entrando como “más fuerte” en la casa dominada por el “fuerte” (Lc 11, 21s), es decir, en este mundo sometido por la mentira y el homicidio (Jn 8, 44). Pero la victoria de Jesucristo se logra por la paradoja del autodespojo, del despeggo del poder, por la debilidad de hacerse, como Dios, “uno de tantos en la humanidad”, someterse al poder dominador de este mundo y aceptar la muerte de cruz para ser resucitado y glorificado por el Padre (Fil 2, 5-11). La muerte de Jesús tuvo una causa intramundana y fue, por lo tanto, antes que nada, un tenebroso asesinato. Por eso, Pedro, el día de Pentecostés, lleno del Espíritu Santo, pudo decir a quienes escucharon su anuncio: “Ustedes lo crucificaron” (Hch 2, 23). Pero la muerte de Jesús también tuvo una razón de ser divina: “¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria?” (Lc 24, 26). ¿Cómo habría podido Dios mostrar su amor a la humanidad con más elocuencia que con la entrega voluntaria de su Hijo Jesús de Nazaret a una muerte de la que habría podido librarse? (Jn 10, 18; 15, 13).

El amor hasta este extremo (Jn 13, 1) es el único con el que Jesús de Nazaret da la vida al mundo (Jn 6, 33), consolida la auténtica vocación de la humanidad a la amistad con Dios, a una acción fructífera, en el mundo, y a la fraternidad (Jn



15, 13-17), cumpliendo así sus grandes aspiraciones y devolviendo a la mujer su dignidad igual a la del hombre, a la familia la libertad del amor sobre el que está fundada, y al trabajo, la inviolabilidad de sus derechos. Jesucristo se revela como “camino, verdad y vida” para la humanidad (Jn 14, 6). El endereza nuestra búsqueda de caminos nuevos, en cada época. A través del Espíritu Santo, conduce hacia la plenitud nuestra búsqueda de verdad (Jn 16, 13), y sacia nuestra sed de vida. El es el rostro del Padre vuelto hacia la humanidad (Jn 1, 18) y el rostro de los hombres, en diálogo de amor con el Padre y en construcción de amor fraterno (Jn 14, 8-10; Jn 15, 12).

En una palabra, en virtud de su encarnación y de su muerte y resurrección, es decir, de lo que llamamos su pascua, su paso de este mundo al Padre (Jn 13, 1), Jesucristo restaura para la humanidad el acceso a la felicidad, y nos regala, ya ahora, en la esperanza, la dignidad de ser “ciudadanos del cielo” (Flp 3, 20). Lo cual quiere decir que, aunque el pleno cumplimiento de nuestras aspiraciones de libertad, justicia, felicidad y paz, tendrá que esperar a los nuevos cielos y a la nueva tierra, entregados a la humanidad, por el poder de Dios, al fin de la historia (Ap 21, 1-2), podemos en esta historia vivir como resucitados, como si ya hubiéramos resucitado. Y eso se traduce en permanecer en el amor de Jesucristo al Padre y a sus hermanos (Jn 15, 4-13), especialmente a todos aquellos en quienes más se revela el rostro de Jesús, como dijo Puebla: los hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos y encarcelados (Mt 25, 31ss), es decir, hoy, en nuestro continente y en las islas, los hambrientos y sedientos, a causa de los excedentes de alimentos nunca repartidos y de los manantiales privatizados, los emigrantes indocumentados, los sin techo, los enfermos y privados de los medicamentos necesarios para curarse, los prisioneros políticos y de conciencia y los presos comunes, hacinados en cárceles inhumanas y cuyos juicios nunca se celebran. La eucaristía nos ayuda a vivir como si ya hubiéramos resucitado, pero sólo una eucaristía que es “solidaria” (Hch 2, 42) y que supera las desigualdades con solidaridad (1 Cor 11, 17-29).

Jesús anunció como su evangelio, como su buena noticia, la cercanía del reinado de Dios (Mc 1, 15) y también su presencia actual (Mt 12, 28; Lc 17, 20s). En nuestro lenguaje actual, hablamos de nuestra misión en la Iglesia como de ir construyendo el reino de Dios y no estamos mal encaminados, porque Jesús nos ha encomendado “buscar por encima de todo la justicia del reino” (Mt 5), pero no podemos olvidar que esta construcción es también y sobre todo don de Dios en nuestro esfuerzo (Lc 12, 32; Mc 1, 1, 15; Lc 21, 29-31). En las parábolas del reino (Mt 13; Mc 4, 1-34; Lc 8, 1-18; 14, 15-24, etc.) queda muy claro el lento avance del reinado de Dios en la historia. También es evidente que “las preocupaciones mundanas y la seducción de las riquezas y el afán por todo lo demás” ahoga y deja sin fruto las semillas del reino (Mc 4, 19), que los invitados ricos al banquete del reino rechazan la invitación, mientras que los que acaban siendo

invitados son “pobres, lisiados, ciegos y cojos” (Lc 14, 15-24), en plena consonancia con las señales que de sí mismo da Jesús a un angustiado Juan Bautista (Mt 11, 2-6) y con la unción que Jesús recibe para evangelizar (Lc 4, 17-21). El reino de Dios se vuelve clave en la oposición entre Jesús de Nazaret y las autoridades judías, como se puede ver en la parábola de los viñadores. Dirigiéndose a los sumos sacerdotes y fariseos, Jesús les dice: “por eso les digo que les quitarán el reino de Dios y se lo darán a un pueblo que dé los frutos debidos” (Mt 21, 43). De hecho, los jefes se sintieron aludidos y querían arrestarlo, pero no se atrevían, por temor a la gente (Mt 21, 45-46). El motivo de fricción estaba, precisamente, en aquellos a quienes Jesús prefería y que creían en él; así lo expresaron los fariseos, cuando los guardias enviados a detenerlo volvieron sin haberlo arrestado y alegaron la manera incomparable de hablar de Jesús: “¿También ustedes están embaucados? ¿Quién de los jefes o de los fariseos ha creído en él? Sólo esa maldita chusma que no conoce la ley” (Jn 7, 45-49).

Ciertamente, el reino que Jesús anunciaba no era “de este mundo”, es decir, no tenía su fundamento sobre la fuerza del poder político (Jn 18, 36), aunque Jesús mismo sí era rey, por haber nacido para dar testimonio de la verdad (Jn 18, 37), es decir, de la verdadera imagen de Dios, del rostro de su Padre vuelto hacia la humanidad (Jn 1, 18). En el proceso donde lo sentenciarán a muerte, Jesús nos traslada, una vez más, a la escena primigenia del paraíso, donde también estuvo en juego la imagen de Dios: su verdadera o su falsa imagen y las consecuencias para la verdadera imagen de la humanidad: “Aquí tienen al hombre” (Jn 19, 5). Así, pues, el anuncio del reinado de Dios y su contenido a favor de los pobres llevaron a Jesús a morir crucificado, percibido como enemigo tanto de las autoridades religiosas de su pueblo —“ha blasfemado...[es] reo de muerte” (Mt 26, 65-66) —como de las autoridades imperiales de ocupación —“el que se hace rey va contra el César” (Jn 19, 12). Jesús mismo había anunciado a sus amigos que ésa era la suerte que podía tocarle a sus seguidores, el precio a pagar por mantenerse fieles a la imagen verdadera de Dios y de la humanidad frente a los poderes de este mundo: “Quien quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar la vida la perderá; quien pierda la vida por mí la alcanzará” (Mt 16, 24-25). En una Galilea surcada, poco antes de la madurez de Jesús y algunas décadas después de su muerte, de personas crucificadas por su rebelde oposición al imperio romano, era imposible que no se entendiera lo que Jesús quería decir con “cargar la cruz”: no se trataba de aceptar padecer una enfermedad o la mala conducta de un hijo drogadicto sino, claramente, de la persecución y del martirio, que había que estar dispuestos a sufrir por Jesús y por el reinado de Dios.

En este contexto, no nos puede chocar la manera como Jesús sintió y entendió la felicidad. Lo más importante de su comprensión está, evidentemente, en las bienaventuranzas. Las bienaventuranzas son profundamente paradójicas. Para los valores comunes del mundo, la felicidad la dan la riqueza, la saciedad, la

alegría y el prestigio. Para Jesús, en cambio, son los pobres, los hambrientos los desconsolados y las víctimas del ostracismo los que —según el texto de Lucas, que se acerca más al número de bienaventuranzas expresado por Jesús— tienen derecho a ser llamados felices. La clave está, una vez más, en el reinado de Dios. Es la participación en el reinado de Dios la que vuelve felices a los pobres, a los hambrientos, a los desconsolados y a los excluidos o víctimas del ostracismo. Como muestra, la construcción en paralelismo del texto de Mateo, la participación en el reinado de Dios crea la solidaridad y son los misericordiosos, los limpios de corazón y los artesanos de paz quienes la van a usar para atender a los desconsolados, a los débiles y a los hambrientos, mientras que los pobres con espíritu y los perseguidos por su rectitud se apoyarán mutuamente. Las bienaventuranzas, pues, dibujan el rostro de Jesús, describen los sentimientos de Jesucristo, aquellos que Pablo dirá que deben también ser los nuestros (Flp 2, 5). Describen el dinamismo de su anonadamiento, que lo llevará a la muerte de cruz y a la gloria y felicidad de la resurrección (Flp 2, 6-11). Las bienaventuranzas son promesas paradójicas, que sostienen la esperanza en las tribulaciones y animan a vivir en solidaridad, siendo “compasivos como el Padre es compasivo” (Lc 6, 36), a la manera también de María, “bienaventurada porque creyó” (Lc 1, 45), y por ello, veloz en acudir en ayuda de su pariente Isabel (Lc 1, 39). Estamos llamados a vivir las bienaventuranzas como discípulos, testigos, colaboradores de Jesucristo y misioneros, es decir, enviados por él, que cuentan además con su compañía y su poder y han sido enviados a anunciar el reinado de Dios, hasta los confines de la tierra (Mt 28, 20), una vez más, como discípulos y misioneros.

### 2.3. A lo largo de la historia

La fe en Jesucristo y, a través de su evangelio, la fe, la esperanza y el amor trinitarios, fundados en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, nacieron y se extendieron como una buena noticia para la humanidad, primero en el movimiento de Jesús, y luego, institucionalizándose en la Iglesia de Jesucristo. Así nacieron las primeras comunidades, después de pentecostés, en Jerusalén. Los Hechos de los Apóstoles dan de ellas un resumen impresionante.

Se dedicaban con perseverancia a escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la solidaridad, la fracción del pan y las oraciones... Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las repartían según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y se ganaban el aprecio de todo el pueblo (Hch 2, 42-47). La multitud de los creyentes tenía un alma y un corazón (Hch 4, 32).

La vida de estas primeras comunidades, aunque en el texto citado fuera algo idealizada, como lo muestran los conflictos de que se habla en los capítulos 5 y 6 de los Hechos, sigue siendo un gran desafío para nuestras iglesias y comunidades de base hoy, en América Latina y el Caribe.

A pesar de las terribles persecuciones que desencadenaron contra estas primeras comunidades —y las posteriores—, los poderosos de aquella época, lo que llevó a muchos de sus miembros, mujeres y hombres, a dar testimonio de Jesucristo hasta el martirio, el cristianismo se expandió por la antigüedad como una verdadera explosión de gozo, como una corriente de fe, sabiduría y esperanza, proclamando la verdad sobre Dios y la dignidad de las personas y de las comunidades, y viviéndolas con ardor misionero. Como testimonia Tertuliano, lo más importante fue que quienes no compartían la misma fe decían al mirar su conducta: “miren cómo se aman”.

Cumplir el encargo del resucitado de “hacer discípulos entre todos los pueblos” (Mt 28, 19), llevó a los primeros cristianos a la misión mucho más allá de las fronteras del imperio romano. El cumplimiento del mandato de Jesucristo estuvo acompañado del martirio. Cargar así con su propia cruz, a ejemplo del mismo Jesús de Nazaret, se convirtió en la difícil y gloriosa forma de ser testigos y del “anuncio de la muerte del Señor hasta que vuelva” (1Cor 11, 26) y, por ello, de la encarnación del Verbo, del Hijo de Dios eterno. Por eso, Pablo llegó a afirmar que no quería otra forma de gloriarse “sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal 6, 14). Pablo expresaba así, como ya lo hizo el mismo Jesús de Nazaret, la relación entre el martirio y el rechazo de los valores esclavizantes de este mundo. Pablo veía la exaltación de una raza y un pueblo, aunque fuese el suyo propio, como esclavizante. Y veía la vida de las personas cristianas como “escándalo y locura”, en medio de este mundo perverso. Por eso, rechazaba la imposición de la circuncisión a quienes, queriendo ser cristianos, pertenecieran a otras razas y pueblos. Y decía: “los que los obligan a circuncidarse, lo hacen sólo para no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo” (Gal 6, 12). Ver a Dios “tal cual es” (1Jn 3, 2), “cara a cara” (1Cor 13, 12; Ap 22, 4), vivir en comunión de vida y de amor con la Santísima Trinidad, con la Virgen María, los ángeles y los santos, y también con nuestros antepasados y con la gente toda a quienes hemos amado y por quienes nos hemos desvivido, realizando “la comunión de los santos”, es el contenido definitivo de nuestra esperanza. Y ha sido también el contenido de la esperanza de los mártires de nuestra época, que lo han sido no tanto por odio a la fe católica directamente, sino por odio a uno de sus principales contenidos: el amor fraterno y sus exigencias en la justicia.

En definitiva, a la luz de la fe cristiana, las aspiraciones de la gente a poder emigrar libremente y así llegar a tener un trabajo digno, a ascender desde el abismo de la miseria y la pobreza, a ir rebajando el muro de la desigualdad, a acoger

y construir la paz, y a vivir en una tierra de solidaridad y justicia mundializadas, son también derechos a la dignidad humana que Dios nos dio. Son recuperación del rostro creador, generoso y salvador de Dios, y denuncia de un orden perverso de este mundo actual bajo la égida del capitalismo globalizado, que ha recreado más despiadadamente aún el carácter salvaje de sus primeros tiempos. Por ello, son acciones contraculturales, que no rechazan la inculturación de la fe cristiana en lo bueno de la modernidad y de la postmodernidad, pero que quieren hacer de la aspiración humana a la felicidad una verdadera bienaventuranza para la gente pobre y excluida de nuestro continente, en solidaridad también con nuestros hermanos y hermanas pobres y excluidos de África y de Asia y del cuarto mundo, enclavado en Europa, Estados Unidos y Australia. Y así, exhortan a todas las personas, en su individualidad y en la organización de sus aspiraciones, a “pasar haciendo el bien”, como lo hizo Jesús de Nazaret, nuestro maestro y el Hijo de Dios que nos envía.

